

Utopías ufológicas

Mi memoria tuvo una espectacular llenada cuando en el año 1968 el periodista Benigno González le hizo una amplia y gráfica entrevista a don Enrique López Guerrero, párroco de Mairena del Alcor, sobre una civilización extraterrestre llegada del planeta Ummo. Al tiempo mis motivaciones brincaban alegres y también de asombros por la aparente indiferencia reinante.

Afortunadamente, las jornadas de sol y los vaivenes de las olas, creo, no me hicieron un eufórico simpaticotómico. Tampoco enfermé por la compañía de estas extrañas ciencias, huérfanas de método, lejos del aristocrático lenguaje de las matemáticas. Vigilado por miradas atravesadas desde los conventículos heterodoxos y, empeñado en el rocambolésco oficio de trovador tras su esquiva dama, caí en la cuenta de que pasaron los cuarenta años más fértiles de mi vida con el convencimiento de que no todas las utopías están condenadas.

Me sentí heterodoxo por la necesidad de afirmar mis diferencias y hacer un mundo con mi propio rostro, al socaire de no perder la sencillez y escuchar con atención la verdad de los demás. Padezco del vértigo producido por el balanceo entre el fanatismo y el escepticismo radical.

Quizá lleve camino de convertirme en un abusón erístico, refugio muy humano para lograr formones lingüísticos para tallar los infinitos matices del pensar. Ahogado por tantas tesis, algunas eruditas y otras empequeñecidas por la propia ficción, contemplo una inhabitual calma chicha, la pesadez de una atmósfera cargada por encuentros dialécticos violentos entre picarones y caballeros santiagueses de blancos corceles. Y es que siempre existieron aristocracias buscadoras de la verdad sobre cuestiones importantes para difundirlas lo mejor posible a auditorios preparados a su medida. Por ello, nosotros, buscadores de ufos, reclamarle a los prebostes es malgastar el tiempo: lo saben y lo sabemos de más.

Todas las versiones de 'La guerra de los mundos' se hicieron en época de crisis social o política: se tenía temor al presente o al inmediato futuro. Desde la talla de las piedras al Hubble, seguro, algunos hombres invirtieron muchas horas de su vida en contemplar los fenómenos celestes mientras trataban de situar sus crisis en pasajeros devenires, sin pensar en la creatividad como resultado de nuestra configuración cerebral. Muchos de aquellos curiosos sucumbirían devorados por los depredadores oficiales, tributo inherente a cualquier investigación.

Buscador de lo oculto, cofrade de la curiosidad, ignorante del aburrimiento, trato de poner mi mayor énfasis en las mejores emociones, sabedor de poseer un cerebro conocedor de mucho más de lo que soy. Porque, en definitiva, vivir es caminar tras lo ignorado, lejos de las dictaduras de los datos, sobre el albedrío de la inteligencia, convencido de la necesaria demostración de muchos axiomas. Lo decía Ortega: «La base de la lógica, el último extremo de la física, es perfectamente ajeno a la razón». La ciencia sirve para conocer la realidad actual y resolver algunos problemas; pero hay otros más allá, y con el cuidado de preservarlos porque, siendo en sí fascinantes, pueden resultar estúpidos si el marco es necio.

Planteadas las anteriores conjeturas, paradojas y contradicciones incluidas, desearía que el lector termine por incluir las suyas. Vuelo sobre mis descatalogados libros, pálidos y firmes ante el tribunal de las sentencias injustas. Sus autores, muchos desaparecidos, esbozarán socarronas sonrisas dirigidas a nosotros o sonoras risotadas como las que emitía el inefable pionero de estas locuras: el bueno de Manuel Osuna.

